

EL MUNDO EN QUE VIVIMOS: MODERNIDAD Y CIUDADANÍA A FIN DE SIGLO

A manera de introducción

*por Renée de la Torre**

*y Patricia Safa**

Cada vez es más complicado pensar el mundo en que vivimos. El fin de siglo presenta nuevos desafíos para las ciencias sociales. Uno de los más importantes es pensar nuestras realidades concretas latinoamericanas que si bien transcurren hacia la modernidad, lo hacen desde contextos y experiencias con anclajes tradicionales. Si a ello se le introduce el ingrediente de la globalización, nuestras formas de atender y explicar la realidad se vuelven más complejas. Pensar las distintas y contrastantes realidades actuales bajo el crisol de la globalización, no sólo supone ver los efectos que el proceso de interconexión global tiene en las formas de organización social: de la economía, de la política, de la cultura, como si fuera un añadido más que se impone desde el exterior hacia las realidades locales, sobre todo el desafío está en que lo global es una transformación de la distancia, una sobrevaloración del tiempo por encima del espacio, una reconfiguración de los procesos de estructuración de la vida y la cultura contemporánea. En las palabras de Giddens (1984), se requiere abandonar el

estudio de las estructuras y poner atención en los procesos para dar cuenta de la interrelación entre los contextos locales y los referentes globales de las identidades contemporáneas.

Por un lado, la modernidad implicaba una lógica de organización social basada en un modelo de pensamiento racional cuyos efectos eran diferenciar y especializar los distintos campos del saber y la separación progresiva de las funciones y los modos de actividad de una sociedad, que en las sociedades tradicionales se mantenían unidos y articulados a una misma autoridad. Por otro lado, la *razón comunicacional*, (concepto introducido por Manuel Martín Barbero) le ha dado vuelta a la modernidad, ya que su lógica de producción del saber se basa en la fragmentación y en la segmentación (Martín Barbero 1999). El avance tecnológico en la comunicación y la información difunde y expande los valores universalizantes vinculados con la racionalidad moderna que atraviesan los particularismos culturales. Pero la tecnología no sólo pone en circulación formas culturales sino que trastoca la esencia misma del saber: irrumpen en su producción lineal, especializada, acumulativa y basada en

* CIESAS/Occidente.



la escritura, en contraste el saber mediado por las tecnologías comunicacionales distribuye los saberes mediante imágenes descontextualizadas de los campos especializados de su producción, lo cual afecta en la fragmentación, la vulgarización y la dispersión del saber.

Distintas discusiones se han dado sobre el impacto que la cultura que proviene de la globalización tiene sobre la modernidad, lo que sí es un acuerdo es que es el rasgo esencial de la cultura contemporánea. Los pensadores postmodernos plantean que es un efecto exacerbado de las contradicciones propias de la modernización; otros plantean que la cultura globalizada —entendida como una cultura de masas— se impone como una fuerza homogenizadora que tiende a borrar las culturas locales y los particularismos identitarios: debilitándolas, restándoles autonomía y autodirección (Mc Luhan); en esta misma tendencia se habla también de que la globalización interconecta a las identidades, aunque para otros autores esta conexión produce exclusiones de identidades que de manera defensiva refuerzan sus fronteras en torno a principios comunitarios (Castells 1999); por último hay también quienes plantean que esta cultura “no anula las reivindicaciones y la defensa de los intereses particulares sino que los hace más negociables” (Lipovetsky 1990).

Las diferentes formas de imaginar los efectos de la cultura contemporánea sobre los procesos de organización y dirección de las sociedades no son ajenas a los procesos socio-culturales en que se analizan. Desde ahí la realidad presenta muchos contrastes y nos plantean imaginar distintos escenarios: ¿La cultura global facilitará la difusión de la modernidad, privilegiando los procesos de democratización y ciudadanización de las sociedades contemporáneas?, o

por el contrario, ¿favorecerá al regreso y fortalecimiento de las formas tradicionales y autoritarias que empiezan a revigorizarse mediante el reavivamiento de fundamentalismos e integrismos? Tal vez sea necesario imaginar una tercer vía en donde la interacción entre lo tradicional, lo moderno y lo global produzca nuevos efectos de sentido y nuevas maneras de cohesionar y organizar a las sociedades contemporáneas. ¿Será posible que la diversidad cultural persista en un mundo interconectado tendiente a la homogeneización?, ¿la tendencia homogeneizante de la cultura global proporcionará una distribución más igualitaria en las competencias para ingresar a la esfera pública, o excluirá a aquellas sociedades y grupos cuyo destino único será el consumo y no la producción cultural?

Hoy día, quienes se plantean el estudio de la modernidad y la ciudadanía no pueden escapar a este nuevo contexto de producción de la cultura compleja, que hace necesario cuestionar los fundamentos mismos de la modernidad a través del crisol de realidades concretas, pero interconectadas por la intensificación de intercambios y flujos culturales. Para emprender esta discusión el CIESAS-Occidente, el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y la Embajada de los Estados Unidos, conjuntaron esfuerzos para organizar un encuentro donde especialistas estudiosos de la cultura expusieran sus diferentes puntos de vista, a veces complementarios pero también contrapuestos, sobre este tema tan controvertido. Aprovechando la visita en Occidente de dos prestigiados investigadores de la Universidad de Stanford, Renato Rosaldo y Mary Louise Pratt, se les invitó a exponer, al doctor Rosaldo sobre su concepto “ciudadanía cultural” que tanto impacto ha tenido en las

investigaciones sobre cultura y diferencia; y a la doctora Pratt sobre las discusiones contemporáneas sobre modernidad. Dos miradas, una construida desde la antropología y otra desde la lingüística, que se enriquecen y complementan. Al doctor Néstor García Canclini, del Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa, el especialista más destacado sobre el problema de las “hibridaciones” y los consumos culturales en México, se le pidió hablar sobre el impacto de la globalización en los estudios culturales.¹ Al doctor Guillermo de la Peña, del CIESAS-Occidente, quien a lo largo de su trayectoria ha hecho una travesía por la diversidad cultural pasando del estudio de las sociedades rurales, a las urbanas, para anclar en últimas fechas en las problemáticas étnicas, se le invitó a discutir sobre los nuevos “comunitarismos” modernos.

Latinoamérica frente a la modernidad: ¿difusionismo radical o emergencia de un discurso propio?

Los tres artículos nos aportan imágenes contrastantes del mundo en que vivimos. El conjunto de los artículos nos deja ver con claridad que este mundo está conformado por la heterogeneidad de actores, situaciones y contextos que de diversas maneras, y desniveladas posiciones, se ponen en contacto con y generan vías para modernizar la sociedad. Si el proyecto de modernidad tenía como horizonte una sociedad constituida sobre la base de ciudadanos con igualdad de derechos y deberes frente a la sociedad, en el estudio

presentado por Rosaldo y la primera parte de Pratt, se muestra que dicha heterogeneidad se relaciona con el proyecto modernizante con base en la desigualdad y la exclusión de amplios sectores sociales que conforman la sociedad contemporánea latinoamericana.

Para Renato Rosaldo, en su artículo “La pertenencia no es un lujo: procesos de ciudadanía cultural dentro de una sociedad multicultural” el concepto de ciudadanía no sólo es universal sino también excluyente. La idea romántica de la plaza pública no puede generar el sueño de la inclusión, pues a ella le antecede la desigualdad entre los ciudadanos tanto en relación con el Estado como con otros ciudadanos. En el caso de los Estados Unidos las diferencias marcadas en el género, la nacionalidad de origen, la raza, la etnia, el idioma, la cultura, la clase social, son el cimiento de la desigualdad y la exclusión del proyecto de ciudadanía cultural. Ello queda ilustrado mediante siete tarjetas postales que muestran las escenas cotidianas y crudas de la exclusión de los chicanos a la ciudadanía estadounidense: la segregación pública del español, la violencia fronteriza, las leyes cargadas de violencia, la segregación clasista en los centros comerciales, la percepción del miedo que estigmatiza lo diferente.

En la primera parte de la contribución de Mary Louise Pratt, “Modernidades, otredades, entre-lugares”, la revisión de la historia de las Américas muestra que la modernidad es un proyecto contradictorio en el origen de su creación y en su interacción con la “otredad”. La otredad, se sitúa tanto en el “otro interno” como exclusión de la mujer en el proyecto de ciudadanía política, como en el “otro externo” en su relación con las Américas. Tres son los imperativos contradictorios de la modernidad: su identidad basada en fijar a otros para poder definirse a sí mismo, su programa difusiónista con el que tiende a convertir a

¹ El texto de Néstor García Canclini se publicó en el libro *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós, 1999.



los otros en modernos por asimilación y su concepción de la libertad alcanzada mediante la subordinación de los otros. La combinación de ellos ha contribuido a ser el fermento y la legitimación de las relaciones históricas de dominación, desigualdad y exclusión de las Américas, que la autora ilustra con la exclusión de las mujeres a la ciudadanía nacional: la desigualdad entre las élites y las mayorías indígenas del Perú que en nombre de la modernidad favorecieron a reforzar un orden colonial; el proyecto modernizador en Brasil que legitimó la continuidad del esclavismo, pero mediante un nuevo proyecto de exclusión: el sistema del “favor”.

Sin embargo, y aunque parezca paradójico, la modernidad en América Latina no sólo deviene de un proyecto difusiónista que viene de fuera, sino que también se genera en un proceso dinámico en el que distintos actores buscan generar valores y prácticas

modernizantes, vinculadas a los valores de la Ilustración, y que construyen modalidades alternativas para incluirse en el proyecto de la modernidad desde los contextos y formas de organización percibidos por el discurso europeo de la modernidad como tradicionales, esta sería la aportación de De la Peña y Pratt.

Continuando con la aportación de Pratt, el proyecto difusiónista de la modernidad no sólo engendra relaciones verticales, sino que “en América Latina el carácter de la modernidad se distingue por la interacción entre corrientes importadas o impuestas y las profundas y heterogéneas tradiciones de la cultura popular”. Para Pratt el otro negado por la modernidad europeizante, es a la vez sujeto emergente de la historia en Latinoamérica. Por ejemplo, si el modernismo estético europeo veía a la cultura de la metrópoli como el modelo privilegiado de su producción artística y cultural, el de los artistas latinoamericanos mira hacia



otras expresiones estéticas donde lo rural, lo popular, lo marginado por la modernización y el *folklore* son los temas centrales de la producción literaria.

En esta misma línea, Guillermo de la Peña, mediante su artículo “La modernidad comunitaria”, plantea cómo en las sociedades latinoamericanas, la comunidad, que ha sido por excelencia un modelo de organización tradicional, no ha servido de ancla para acceder al valor moderno de la ciudadanía — como lo planteaba el pensamiento jacobino —, sino que, por el contrario, han emergido “comunitarismos incluyentes”, que desde la

base de relaciones privadas y afectivas han establecido puentes para negociar y redefinir el acceso a la convivencia universal, a la incorporación de los valores de la modernidad como eje de sus demandas y aspiraciones, como son: la democracia, los derechos humanos, la justicia social, la ciudadanía, etcétera. Otro punto importante es que las comunidades incluyentes, sin perder sus particularismos identitarios, han generado demandas, alianzas y acciones solidarias sobre el reconocimiento de valores universales compartidos que rebasan los particularismos e incluso las fronteras nacionales. Dos estudios de caso refuerzan esta propuesta: las Comunidades Eclesiales de Base que han conformado una identidad universal basada en la solidaridad de los pobres y algunas organizaciones étnicas que se han puesto en interacción con los otros para ampliar sus demandas mediante una identidad *panindianista*.

La modernidad diferenciada en la globalización: nuevos desafíos metodológicos

Para los pensadores de la contemporaneidad, el tema de la modernidad en la época de la globalización es controvertido y extremadamente complejo. No obstante, ineludible. Con la globalización se han trastocado las economías mundiales, los flujos culturales se han intensificado y los territorios no son como acostumbrábamos pensarlos; lo nacional se encuentra en entredicho y los movimientos sociales del mundo actual se caracterizan por su diversidad. Algunos autores proponen repensar perspectivas teóricas y ser inventivos en las estrategias metodológicas para acercarnos a los nuevos retos en una época

globalizada: uno de ellos es romper con el encapsulamiento de los objetos de estudio y la mirada que nos caracteriza ya que la “otredad” se ha transformado (Augé 1995). Como lo que predomina “es la sensación de que todos estamos en un mismo mundo con sus implicaciones económicas y políticas” (Ulf Hannerz, 1998), debemos aceptar la pérdida de la integridad de las culturas a la que estábamos acostumbrados a mirar. También se afirma, como vemos en el trabajo de Rosaldo, que la diversidad no sólo permanece sino que, gracias a la cercanía, es más evidente y cotidiana. Ante la globalización se fortalecen sentimientos comunitarios y étnicos, apunta De la Peña y, por lo mismo, como señala Hannerz (1998) la autonomía y el desdibujamiento de las fronteras entre las culturas deben ser entendidas como “un asunto de grado y no como un hecho” ya que “si la cultura no es un todo integrado tampoco se encuentra desintegrada”.

Otro reto para pensar la sociedad contemporánea es abandonar las generalizaciones y atender los procesos concretos para entender quién y desde dónde se habla de la modernidad contemporánea en un mundo globalizado. Los trabajos de Pratt y De la Peña analizan el fenómeno de la modernidad como una construcción histórica arbitraria que se impone como modelo definido desde Occidente. Desde la historia, se pueden comprender las contradicciones, silencios y ausencias de sociedades y grupos sociales excluidos de la modernidad: las mujeres —“la otredad interna”—, Latinoamérica —“la otredad externa”—, y los comunitarismos que “nunca fueron realmente acorraladas por la modernidad en la esfera privada, o-más bien dicho que la acción de las comunidades ha implicado una negociación y redefinición continua de las fronteras entre lo público y lo privado”. Rosaldo habla de una modernidad que por un

lado proclama una ciudadanía universal pero que es excluyente de la diferencia exacerbada por los flujos de migración y la globalización. El autor cuestiona una ciudadanía que se basa en la semejanza que, desde los Estados Unidos, se planteó como “hombres blancos y dueños de propiedades” y, por lo tanto, ha servido como base para conformar ciudadanías de primera y de segunda.

Existe la preocupación por el debilitamiento de los Estados nacionales y el desdibujamiento del poder local que se enfrenta a un nuevo poder que se dispersa en múltiples centros y no se concentra en uno solo. Un poder que se arropa con la generación, procesamiento y transmisión del conocimiento y, como afirma Castells (1999), acompaña a la flexibilización del capitalismo por la descentralización e interacción entre las empresas gracias a que “el capital y el trabajo pueden existir en espacios y tiempos diferentes. Sin embargo, volvemos a escuchar voces latinoamericanas que dicen que la globalización “es un fenómeno real pero no es el único” (Garretón, 1999); es decir, es un fenómeno parcial porque “no es de todos ni para todos” (*op. cit.*). La globalización exacerba la diversidad, pero también la desigualdad en el acceso a la toma de decisiones y, como señala Ulf Hannerz (1998), se requiere estudiar estos fenómenos en la especificidad histórica de los pueblos para no caer en la tentación de ver a la globalización como un difusionismo radical, como recuerda Pratt en su trabajo. En la época de la globalización, la noción moderna Estado-nación entra en una situación crítica particular sobre todo cuando lo nacional sólo es visto, bajo la propuesta de Anderson (1993) como “comunidades construidas” que sirven para legitimar posiciones dominantes. El Estado y la nación no son ya la misma cosa, afirma Castells (1999).

De la Peña discute la crisis que enfrentan



las tres grandes ideologías políticas del siglo XX: el socialismo, la democracia liberal y el nacionalismo. Las dos primeras, por sus aspiraciones universalistas, apelan a “la conciencia proletaria” y, la segunda, a fundar “una nueva universalidad basada en el sufragio, en el discurso de los derechos humanos y en la legitimidad fehaciente del Estado de bienestar”. La tercera vía, el nacionalismo, “al crear una communalización macrosocial [...] que, si bien no aspira a la universalidad, pretende asegurar la vigencia del valor de la solidaridad en una población numerosa y heterogénea”. Esta discusión es extremadamente delicada sobre todo para los países latinoamericanos que recientemente comienzan a incursionar en los caminos de la democracia y a construir los espacios públicos de participación ciudadana. El debilitamiento de los Estados nacionales pone en duda proyectos que requieren “el fortalecimiento y

autonomía de los sistemas de representación como de los actores de la sociedad civil” (Garretón 1999).

La cultura mundial no es un solvente, señala Hannerz (1998), por el contrario, promueve la heterogeneidad. Es decir, engendra movimientos contradictorios: la homogeneización pero también la formación de nuevas distinciones. Sobre este tema también encontramos diferencias y matices importantes en los tres trabajos. Néstor García Canclini (1999), en su nuevo libro sobre los efectos de la globalización en América Latina, no piensa “que la opción central sea hoy si defender la identidad o globalizarnos”. Como alternativa, propone pensar “con más realismo las oportunidades de saber qué podemos hacer y ser con los otros, encarar la heterogeneidad, la diferencia y la desigualdad”. Lo que es un hecho es que la globalización engendra nuevas formas de

inclusión y exclusión y nuevos conflictos, mayor acentuación del desarrollo desigual, concentración de poder y riqueza y agujeros negros de miseria y segregación. Por eso la globalización puede ser un caldo de cultivo para los movimientos sociales, antes vinculados a la producción y al trabajo (Garretón, 1999), hoy en día, en la medida en que la base social es heterogénea, cobran forma en movimientos plurales y diversificados, a veces contradictorios como lo analizan los trabajos de Pratt, Rosaldo y De la Peña. La identidad se ha constituido en el eje del reconocimiento y funciona como principio organizativo de la acción colectiva (Castells, 1999). Sin embargo, estas nuevas identidades —individuales o colectivas— se vuelven sospechosas por su olor a pasado, por su pesadez, por ser la base de nuevos fundamentalismos, por su cuota de exclusión y localismo (Ortiz, 1996); para otros, en cambio, son el eje que articula a los nuevos actores y sus demandas (Castells, 1999). Es decir, pueden ser vistos como la alternativa frente al aparente caos que engendra la globalización.

Bibliografía

- Anderson, Benedict, 1993, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México.
- Appadurai, Arjun, 1996, “Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy” en: *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis, Londres, pp. 27-47.
- Augé, Marc, 1995, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Gedisa, Barcelona.
- Castells, Manuel, 1999, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Siglo XXI, México.
- Featherstone, Mike, 1995, *Undoing Culture. Globalization, Postmodernism and Identity*, SAGE Publ., Londres.
- García Canclini, Néstor, 1999, *La globalización imaginada*, Paidós, Buenos Aires.
- , 1989, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México.
- Garretón, Manuel Antonio, 1999, “Transformaciones sociales y reconstrucción de los estados nacionales: hacia una nueva matriz socio-política” en: R. Bayardo y M. Lacarrieu (comps.), 1999, *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos*, Editorial CICCUS, Buenos Aires, pp. 145-170.
- Giddens, Anthony, 1984, *The Constitution of Societies. Outline of the Theory of Structuration*, Polity Press , Londres.
- Hannerz, Ulf, 1998, *Conexiones transnacionales: cultura, gente, lugares*, Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, España.
- Lipovetsky, Gilles, 1990, *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Anagrama, Barcelona.
- Mc Luhan, Marshall, 1964, *Understanding Media*, Mc Graw Hill, Nueva York.
- Martín Barbero, Jesús, 1999, conferencia impartida en el Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO, Guadalajara, Jalisco.
- Mato, Daniel (coord.), 1994, *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Editorial Nueva Sociedad/

